

CAPÍTULO X

1537-1539

Segunda expedición de Montejo á la Península.—Desembarca en Champotón.—Combates con los naturales.—Fundación de la villa de San Pedro.—Peligros á que se ve expuesta la Colonia.—Sus pobladores intentan abandonarla.—Impídelo el sobrino del Adelantado.—Refuerzos que llegan al campamento.

Luchaba entretanto Montejo con graves dificultades en Tabasco. Los naturales de la provincia se defendían con tenacidad, y aquella empresa hubiera corrido la misma suerte que la de Yucatán, si un incidente inesperado no hubiese venido á salvarla. En una nave, bien provista de municiones de boca y de guerra, aportaron á Santa María de la Victoria veintidós soldados españoles, al mando de un individuo llamado Diego Contreras. Eran unos aventureros, en toda la extensión de la palabra, porque vagaban sin destino fijo en busca de la diosa Fortuna, que parecía haber fijado sus reales en el Nuevo Mundo. El Adelantado los recibió con los brazos abiertos, los invitó á tomar parte en su empresa y todos accedieron, incluso el jefe, que era el propietario de la nave. Con esta ayuda, que fué muy valiosa por los elementos con que se incorporó al ejército, y con algunos socorros que llegaron de la Nueva España, logróse al fin la pacificación de Tabasco, y Francisco de Montejo pudo entonces volver los ojos hacia la Península.

La misión del P. Testera debió de haber llamado fuerte-

mente su atención. El virrey de México, sin respeto alguno á la capitulación de 8 de diciembre de 1526, había autorizado á aquel religioso para garantizar á los indios que ningún soldado español volvería á entrar en su tierra; y el Adelantado comprendió que sus derechos corrían peligro de caducar, si no se daba prisa para volver á Yucatán. Había además gastado toda su fortuna en esta empresa; había hecho de ella el objeto principal de su carrera, y no era ya posible retroceder después de tantos sacrificios. Empleó los pocos recursos que le quedaban en proporcionarse algunos soldados más en Nueva España y Chiapas; reparó sus naves, entre las cuales se contaba ya la de Diego Contreras, y á principios de 1537 volvió á surcar las aguas de esta Península, que había sido la tumba de casi todos sus antiguos camaradas (1).

Champotón fué esta vez el punto elegido para desembarcar, por las ventajas que proporcionaba su proximidad á Santa María de la Victoria. Desde esta villa, nuevamente poblada de españoles, podían mandarse refuerzos á los de la Península y servirles de refugio en el caso nada improbable de una derrota. La experiencia había enseñado á los conquistadores cuánto estimaban los mayas su autonomía, y ninguna precaución les parecía excesiva. El Adelantado, después de haber hecho á su hijo algunas reflexiones sobre este particular y comunicádole sus instrucciones, le dejó el mando de las fuerzas y se reembarcó luego para Tabasco, con el objeto de proporcionarse nuevos recursos y enviarlos á sus camaradas.

No dejó de sorprender á los mayas la vuelta de sus ene-

(1) Creen algunos que el Adelantado no vino esta vez á la Península y que la expedición salió desde Tabasco al mando de su hijo. Pero la opinión más probable es la que consignamos en el texto. Las probanzas que COGOLLUDO consultó para extender su historia, no son muy claras en este punto, y da origen á la confusión la identidad de nombres entre el padre y el hijo, según hemos dicho en otra parte. (COGOLLUDO, libro III, capítulo I.)

migos, porque el estado en que dos años antes habían salido de Champotón, acaso les hizo alimentar la esperanza de que no volverían jamás á pisar su territorio. A este estu- por debe atribuirse la paz de que al principio disfrutaron los colonos. Pero luego que los indios adquirieron la certi- dumbre de que se trataba de una nueva ocupación, re- unióse una gran multitud de los cacicazgos vecinos, y caye- ron una noche de improviso sobre los invasores, aparecién- dose simultáneamente por todas las veredas que guiaban al campamento. Los españoles, á quienes la experiencia había demostrado que los mayas sólo combatían á la luz del día, estaban entonces bastante desprevenidos, y sólo se despertaron á los gritos de un centinela á quien asesina- ban los agresores. Armáronse violentamente, salieron de su alojamiento y empeñóse un rudo combate á la vacilante claridad de las estrellas. Los más animosos se estremecie- ron de espanto cuando llegó á sus oídos la gritería salva- je, que partió repentinamente á la vez del Levante, del Sep- tentrión y del Mediodía. Pelearon, sin embargo, con su acos- tumbrado esfuerzo, y como no era menor el de los acom- tedores, muy pronto comenzó á enrojecer la arena la san- gre de los combatientes. Pero los indios, dominados de un terror supersticioso por el solo hecho de combatir de no- che, y creyendo sus pérdidas mayores de las que eran en realidad, por las masas que veían caer en las tinieblas al fragor de las armas europeas y por los ayes de los mori- bundos que poblaban el aire, comenzaron á desbandarse y huir, favorecidos por la oscuridad. Los españoles no se atre- vieron á seguirlos en aquel terreno que aun no conocían, y á la mañana siguiente bendijeron á la Providencia al no- tar el corto número de sus muertos y heridos.

Esta derrota, en vez de desanimar á los indios, no hizo mas que exasperarlos. Persuadidos de que su desgracia había dimanado de haber combatido en las tinieblas y en corto número, resolvieron hacer una confederación de to-

dos los mayas para caer con todo su poder sobre el campa- mento español. Con este objeto los embajadores se cruzaron en distintas direcciones y animaron á los caciques y á los pueblos, diciéndoles que sólo se necesitaba aquel último esfuerzo para que los extranjeros abandonasen para siem- pre la Península. No se ocultaban al joven Montejo los tra- bajos de sus enemigos, y comprendiendo que de un mo- mento á otro debía ser atacado, había dictado severas dis- posiciones para que ninguno de sus soldados se alejase del campamento. Los desgraciados que se atrevieron á infrin- gir las, acosados tal vez por el hambre, fueron aprehendidos por los naturales é inmolados después en el altar de los dioses. Para que este suceso no se repitiese, se organizaron fuertes partidas que de tiempo en tiempo salían á mero- dear, y con el maíz que éstas recogían y la pesca que se hacía en la playa, los españoles pudieron desafiar por al- gún tiempo la malevolencia de sus adversarios.

Reunidos al fin los indios en el número que creyeron ne- cesario para asegurar su triunfo, cayeron un día impetuo- samente sobre la naciente Colonia. Por las oscuras masas que se veían avanzar en distintas direcciones, por el es- truendo infernal que hacían y por las espesas nubes de flechas que hendían el aire, los españoles comprendieron el prodigioso número de enemigos con que iban á luchar. No se amilanaron, sin embargo, y pronto sus balas y sus ballestas se cruzaron con los proyectiles americanos. La muerte comenzó á cebarse en los dos campos, aunque, como era de esperarse, haciendo mayores estragos en el de los mayas. Pero los indios, según la gráfica expresión de Co- golludo, se resignaban á perder mil de sus combatientes con tal de matar uno solo de aquellos extranjeros á quie- nes tanto aborrecían. Pelearon, en fin, con tal denuedo, que á las pocas horas de combate, deseando Montejo con- servar el poco número de soldados que le quedaba, dió orden de que se replegasen hacia la playa para refugiarse

en sus naves. La retirada se verificó con orden, y muy pronto los españoles quedaron embarcados en sus lanchas.

Los indios, ebrios de alegría con esta victoria, se precipitaron al campamento abandonado, se apoderaron de algunos efectos que los españoles no habían podido recoger con la precipitación de su fuga, vistiéronse como pudieron los trajes europeos, volvieron á la playa, y enseñando desde lejos á los fugitivos aquellos objetos, se burlaban de ellos, los escarnecían, los llamaban cobardes y los desafiaban á renovar la lucha. Los castellanos, no pudiendo tolerar tanta humillación, bogaron otra vez hacia tierra y de nuevo se empeñó el combate. Grande fué la sorpresa de los mayas al ver regresar á los que creían vencidos. Intentaron resistirles, haciendo llover millares de flechas sobre los bates. ¡Vano esfuerzo! Los extranjeros desembarcaron bajo aquella lluvia, y sus mortíferas armas se cebaron una vez más sobre las desnudas masas de sus contrarios. El efecto moral que esta vuelta produjo, fué terrible para los mayas. Los caciques no pudieron contener ya á las indisciplinadas turbas que acaudillaban, y tuvieron necesidad de seguir las en su fuga para no exponerse á la cólera de los vencedores. Los españoles, rendidos de hambre y de fatiga, se guardaron muy bien de seguir á los que huían, y volvieron á ocupar aquel campamento que pocos momentos antes habían creído perdido para siempre.

No fué esta victoria el único fruto que recogieron aquel día los castellanos con su perseverancia. El ejército maya, que hubiera podido rehacerse en pocos días con los refuerzos que seguían llegando á Champotón, no pudo verificarlo entonces, porque se lo impidió la corta provisión de víveres que había hecho en su ciega confianza de acabar en una sola batalla con los invasores. La mayor parte de los combatientes, que había venido de las partes más remotas de la Península, tuvo necesidad de regresar á sus hogares para no morir de hambre después de su derrota. Los que

promovieron la confederación se vieron abandonados en poco tiempo de todos sus aliados, y no les quedó otro recurso que entablar ciertas relaciones con los extranjeros.

Pero éstas no pasaron nunca de la tolerancia de una ocupación que no podían evitar. Los españoles eran cruelmente hostilizados cada vez que intentaban penetrar al interior del país, sea para reconocer la tierra ó para proveerse de víveres. Con este motivo, la Colonia comenzó á pasar por las mismas peripecias que habían precedido al abandono de Villarreal y de Campeche. No había más diferencia ahora que, siendo Champotón un punto algo conocido de los aventureros que pululaban en el Nuevo Mundo, solía tocar allí alguna nave española, cargada siempre de efectos de Castilla, con que los colonos aliviaban en parte sus privaciones. La embarcación solía dejar también algún nuevo amigo, que venía á ofrecer sus servicios; pero eran muchos más los que aprovechaban esta oportunidad para abandonar una empresa que á sus ojos no tenía ningún porvenir. El joven Montejo procuraba contener á los desertores, asegurándoles que pronto mejorarían de fortuna con los refuerzos que su padre debía mandarles. Pocos le escucharon, y llegó un día en que el jefe de la Colonia sólo viese á su lado una veintena de sus antiguos compañeros (2).

Un suceso inesperado vino por aquella época á aumentar el número de los colonos. Un capitán español, llamado Francisco Gil, fué comisionado por el gobernador de Guatemala para conquistar una región situada en los límites de Tabasco (3). Pero el comisionado bajó hasta Tenosique—ó Tenosique, como se le llama ahora—y fundó una pobla-

(2) He aquí el nombre de seis de estos valientes, que COGOLLUDO ha conservado á la Historia: Gómez del Castillo, Juan de Magaña, Juan de Parajas, Juan López de Recalde, Juan de Contreras y Diego Muñoz.

(3) COGOLLUDO (libro III, capítulo II) da á esta región el nombre de *Tequepam Puchutla*.

ción á las orillas del río del mismo nombre. Luego que Francisco de Montejo, hijo, tuvo noticia de esta fundación, se dirigió con algunos soldados á Tenosic, y haciendo ver al jefe de la Colonia que había invadido los dominios de su padre, le requirió que la pusiese á sus órdenes. Francisco Gil examinó las pruebas que se le presentaban para fundar este derecho, y pareciéndole incontestables, no sólo se puso entonces á las órdenes de Montejo, sino que poco tiempo después, no pudiendo sostenerse ya en Tenosic, ingresó en Champotón con todos los soldados que le habían acompañado en su empresa.

La llegada de estos nuevos compañeros produjo un cambio importante en el campamento de Montejo. Fundóse allí una ciudad española con el nombre de *Villa de San Pedro*, que era el mismo que Francisco Gil había dado á la población que acababa de abandonar. Nombráronse los alcaldes y regidores, y aun se dictaron algunas medidas para hacer menos precaria la situación de los colonos. Entabláronse relaciones de amistad con algunos caciques de la comarca, los cuales consintieron en proveer de víveres á sus huéspedes, único servicio que por entonces exigieron (4).

No mejoró mucho con esto la situación de la Colonia. Consumíanse sus habitantes de cansancio y de fastidio, y cada nave que arribaba al puerto, trayendo las tentadoras noticias del oro del Perú, se llevaba gran número de desertores. Francisco de Montejo vió el peligro que corría la nueva población, y deseoso de conjurarlo, pasó á Tabasco á conferenciar con su padre. Dejó el mando de la tropa á su primo, que también era ya capitán y gozaba de muy buena reputación en el campamento.

Muy pronto comenzó á luchar el joven capitán con toda

(4) Así al menos puede deducirse de los hechos posteriores y de las instrucciones que el Adelantado dió á su hijo, al sustituirle en el poder que tenía para conquistar á Yucatán.

clase de dificultades. Los indios, que parecían resignados á la ocupación desde su última derrota, comenzaron á alterarse luego que supieron la marcha del hijo del Adelantado. Algunos de los amigos que entre ellos se habían hecho los españoles, vinieron al campamento á denunciar á sus compatriotas, citando los nombres de los que instigaban á la guerra. Montejo reunió á las personas más caracterizadas de la Colonia; les reveló el complot que se trataba contra ellos; manifestó sus temores de que, siendo tan corto su número, no pudiesen resistir á una conflagración general, y acabó por pedirles consejo. Ardua era la situación de aquel pelotón de extranjeros, colocados en un país poblado de millares de enemigos, y para salvarla se resolvieron á cometer un atentado, que no era por cierto el más grave de los que se habían perpetrado en el Nuevo Mundo. Acordaron apoderarse con maña y cautela de los principales caciques y remitirlos á Tabasco, para impedir de este modo la propaganda que estaban haciendo.

Ejecutaron fácilmente su designio; pero luego que estuvieron en su poder las víctimas de esta astucia, surgió la gran dificultad de encontrar quien quisiera encargarse de llevarlas al Adelantado. La comisión era peligrosa, porque debía esperarse que los indios harían un esfuerzo para arrebatar á los presos en el tránsito. Juan Contreras, hijo del capitán Diego Contreras, de quien ya hemos hecho mención, se ofreció á desempeñarla. Francisco de Montejo aceptó su oferta, y le acompañó con algunos soldados hasta la frontera de Champotón. Llegados los caciques á la presencia del Adelantado, éste les reprendió agriamente su conducta, y les dijo que, aunque merecían la pena de muerte (?) por la traición que habían maquinado, quería perdonarlos generosamente, para que se persuadiesen que los españoles sólo querían su amistad y su dicha. Pronunciadas estas palabras, les regaló algunas baratijas y los mandó poner en libertad.

No bastaron estas precauciones para contener del todo la insurrección. Una partida de dieciocho españoles, que al mando del maestro de campo Lorenzo de Godoy marchaba río arriba practicando un reconocimiento, se encontró súbitamente con unas ochenta canoas de indios armados, que poblaron el aire con sus flechas. Los castellanos aceptaron el combate á que se les provocaba; pero habiéndose guarecido aquéllos tras unas trincheras, y aumentándose á cada instante su número, Godoy contramarchó á San Pedro, no sin graves dificultades y pérdidas, á dar cuenta de lo que pasaba. Montejo dejó en la población la gente estrictamente necesaria para cuidar de ella, y con toda la demás voló al encuentro de los insurrectos. Trabóse al punto un pequeño combate, que duró muy corto tiempo, porque los indios, que acaso se estaban preparando todavía para emprender un ataque más formal, se desbandaron llenos de espanto luego que vieron asaltadas sus primeras fortificaciones.

Desde este día los extranjeros vivieron en paz con sus vecinos, y no hay duda que la Colonia hubiera sido feliz si no hubiese alimentado en su seno un germen de destrucción peor que la guerra misma. Mucho tiempo hacía que el hijo del Adelantado había ido á Santa María de la Victoria, y ni él ni los refuerzos, tantas veces prometidos, llegaban á San Pedro. El abatimiento se apoderó de la mayor parte de los colonos, y comenzaron á ser más frecuentes las deserciones. Ya no se esperaba, como antes, una nave española para consumarlas: la desesperación había llegado á tal grado, que muchos se escapaban á pie y otros en canoas, prefiriendo morir á manos de los indios que de inanición en San Pedro. Había, sin embargo, algunos amigos fieles de Montejo, que no solamente no desertaban, sino que hacían todos los esfuerzos posibles para evitar que otros cometiesen este acto de deslealtad. Distinguíase entre éstos el valeroso Juan Contreras, quien luego que sabía que faltaba

algún soldado del campamento salía á buscarle, y no des-cansaba hasta haber conseguido su objeto. Vuelto el fugitivo al seno de sus camaradas, abochornábase de haberlos querido abandonar en la desgracia, recibía reconvenciones amistosas en vez de castigo y procuraba hacer olvidar su falta con una conducta posterior irreprochable.

Llegó, sin embargo, un día en que la fidelidad más acrisolada comenzó á vacilar. Cerca de tres años hacía que los españoles habían desembarcado en Champotón, y nada adelantaban en su empresa. Era verdad que sus vecinos no los hostilizaban; pero también era cierto que por su corto número ningún paso podían dar en el interior del país. Ninguna noticia se tenía del hijo del Adelantado, que había prometido socorrerlos en poco tiempo, y hacia fines del año 1539 la paciencia se agotó en todos los ánimos. Una gran parte de los colonos hizo su equipaje; los alcaldes y regidores renunciaron su encargo, y juntos todos pasaron al alojamiento de Montejo á manifestarle que estaban resueltos á abandonar para siempre esta tierra que tan ingrata era á las armas españolas. El capitán escuchó con calma á sus soldados y convino con ellos en que estaban perdiendo en Champotón un tiempo precioso que podían aprovechar en mejores empresas. Pero añadió que redundando este abandono en perjuicio de su tío, quien había sacrificado toda su fortuna en la conquista de Yucatán, era conveniente y justo darle noticia de la resolución tomada, antes de ejecutarla. Este razonamiento hizo impresión en los colonos; se designó á Juan de Contreras para pasar á la residencia del Adelantado, y la calma volvió á reinar en San Pedro.

El comisionado se dirigió á Ciudad Real, población española recientemente fundada en Chiapas, de cuya provincia era á la sazón gobernador el Adelantado. Encontró á éste ocupado ya en preparar los socorros de que tanto necesitaban sus antiguos compañeros de aventura, y al imponer-

se de la resolución que habían tomado de abandonar á San Pedro, se apresuró á mandar los pocos soldados que tenía ya reunidos á las órdenes del capitán Alonso Rosado. La llegada de este oficial, cuyo nombre debía hacerse después tan célebre en la historia de la conquista, reanimó la abatida empresa de los colonos. Dijoles que el viejo Adelantado seguía proporcionándose socorros de gente y dinero en Tabasco y Chiapas, y que su hijo había pasado á la Nueva España con el mismo objeto, razón por la cual hacía mucho tiempo que no se tenía noticia de él en Champotón.

Estas noticias no tardaron en ser confirmadas por la realidad más halagadora. Primeramente se presentó en la Colonia Juan de Contreras, que volvía de Chiapas con algunos refuerzos, diciendo que presto le seguirían otros. Arribó en seguida Francisco de Montejo, hijo, trayendo los socorros de que se había provisto en México, gastando su corto patrimonio. Llegó, finalmente, el resto de los aprestos hechos por el Adelantado, y que consistían en soldados, vestuario y municiones de boca y guerra.

La Colonia, llena de alborozo, se preparaba ya á ensanchar con las armas los límites de su dominio, cuando llegó de Chiapas un pliego de Montejo, padre, en que llamaba á su hijo á conferenciar con él antes de emprender toda operación. El joven capitán mandó detener los preparativos que se estaban haciendo, dejó el mando de las tropas á su primo y emprendió el camino de Ciudad Real, prometiendo dar la vuelta á la brevedad posible.

CAPÍTULO XI

1540-1541

El Adelantado sustituye en su hijo los poderes que tenía respecto de Yucatán.—Sale el ejército de Champotón.—Dificultades con que llega á Campeche.—Misión confiada al más joven de los Montejos.—Ocupa á T-Hó después de una marcha penosa.—Batalla de Xpeual.—El general funda la villa de San Francisco y viene á reunirse con su primo.—Embajada de Tutul Xiu.—Efecto que produce en el campamento español.

En la época á que ha llegado nuestra narración, don Francisco de Montejo, padre, tenía ya sesenta años. Había empleado una gran parte de su vida en los campos de batalla, y debía sentirse cansado, á pesar de la robusta compleción de que le había dotado la Naturaleza. Además de esto, eran tan grandes los contratiempos que había experimentado en Yucatán, era tan poco lo que se había avanzado después de doce años de lucha, que el Adelantado llegó á dudar de su propia fortuna y á creer que no estaba reservada para él la gloria de plantear en la Península el estandarte de la civilización. Estas consideraciones obraron fuertemente en el ánimo del viejo soldado, y persuadido de que á su hijo no le faltaban ni el valor ni el talento necesarios para llevar á cabo la empresa en que había agotado todo su patrimonio, determinó sustituirle el poder que la Corona le había otorgado en la capitulación de 8 de diciem-